

La Comédiathèque

Happy dogs

Monólogo tragicómico

Jean-Pierre
Martinez



comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Happy Dogs

Jean-Pierre Martinez

Un hombre que perdió sus papeles debido a un malentendido, investiga para recuperar su identidad antes de resignarse a convertirse en otra persona. Entre novela negra y fantasía. Un breve relato en primera persona, trágicamente divertido, que también se puede presentar como un monólogo teatral.

Hace un frío... que no es para dejar a un perro afuera. Sin embargo, ya hay varios perros frente a la puerta cerrada de Happy Dogs. En su mayoría, son caniches. Blancos y negros. Aunque también hay otras razas. No sé mucho de perros, pero sé que la mayor parte de la clientela de las peluquerías caninas son los perritos de las señoras mayores, así como las señoras mayores son la mayor parte de la clientela de los salones de belleza. De hecho, esos caniches tienen casi el mismo corte de pelo que sus dueñas. El mismo abrigo también. No tengo nada en contra de los caniches ni de las ancianas, pero yo soy el único en la acera que no tiene abrigo. Como un idiota, pensé que no valía la pena. Happy Dogs está abajo de mi casa y abre a las diez. Pensé que solo tenía que bajar y subir de nuevo. Pero ya son las diez y cuarto y la puerta sigue cerrada. Claro que podría volver más tarde, pero ya que estoy aquí... La dueña seguramente llegará con las llaves, dándonos una excusa tonta: "Perdí el autobús", "mi hijo pequeño tiene gripe" o "mi madre murió anoche". Mis condolencias, pero mientras tanto, yo me estoy congelando.

Sé lo que están pensando: ¿Por qué hacer fila con menos cinco grados frente a un salón de peluquería canina cuando no tienes perro? Incluso al peluquero, yo solo voy una vez al año. Y si hay fila ese día, créanme, lo dejo para el año siguiente. Entonces, si estoy aquí, no es para ligar con las viejitas. ¿Qué creen? No, estoy aquí para recoger un paquete, simplemente. Happy Dogs es mi punto de entrega. Hoy en día, con la competencia de los grandes centros comerciales en las afueras, los pequeños comercios de los centros urbanos deben diversificar sus actividades. Así que, para resistir algunas semanas más antes de cerrar definitivamente, también funcionan como puntos de entrega. Un estanco, un supermercado pequeño, una floristería... Ahora puedes recoger tus paquetes justo al salir de casa. Puede ser en cualquier tienda. Bueno, tal vez no en un sex-shop, una pescadería o una funeraria. Pero es bastante práctico, en lugar de hacer fila en la oficina de correos. Claro, cuando la dueña abre a tiempo, porque si no... En la oficina de correos, al menos estaría haciendo fila con calefacción. Y todos esos pobres perros también.

Un joven con acné, y la capucha subida, llega sin prisa, con aire relajado, sudando a pesar del frío polar. Saca lentamente un manojo de llaves del bolsillo de su parka sin forma. Mientras intenta torpemente insertar las llaves una por una en la cerradura sin quitarse los guantes, nos dice que no le sonó el despertador. Según él, él sería la víctima. No sé si alguna vez ha habido demandas colectivas contra los fabricantes de despertadores que se niegan a sonar. Debe tener dieciséis años. Quizá dieciocho. O tal vez veinte. No soy muy bueno calculando edades. Para los blancos, todos los negros parecen iguales. Para los viejos, todos los jóvenes tienen la misma edad. Este chico es bastante alto. Un poco obeso. Bueno, no sé si puedes ser un poco obeso, porque obeso ya es bastante. Digamos, bastante gordo. Con cara de bebé. Tampoco estoy seguro de saber exactamente qué significa "cara de bebé", pero creo que describe muy bien su carita regordeta, medio oculta por un cabello largo y grasiento. Y bueno, si prefieren leer páginas de descripciones con un montón de palabras raras que el autor se tomó el tiempo de buscar en el diccionario, pues vuelvan a leer a Borges. Los diccionarios casi nadie los abre hoy en día. Buscamos en Internet. Entre dos ortografías, elegimos la que tiene más ocurrencias, pensando que esa debe ser la correcta. Siguiendo el principio democrático de que la mayoría nunca puede estar

equivocada frente a la minoría. Que un error, cuando es tan popular, terminará siendo la regla de mañana. Y que una falta de gusto, cuando es adoptada por una élite, se convertirá en el nuevo estándar de elegancia. Así es como, en cierto círculo, terminamos usando mocasines con borlas. Sin calcetines.

El adolescente tardío lleva botas de combate. Está vestido completamente de negro, con un estilo paramilitar. Toda la apariencia de un adicto a los videojuegos que camina por la vida como si fuera un juego de guerra, con los ojos fijos en la pantalla y el dedo en el gatillo. En resumen, tiene un aspecto bastante raro y preocupante. Me lo imagino en un campus estadounidense con una ametralladora disparando a todo lo que se mueve, empezando por los profesores que lo humillaron, los compañeros que lo acosaron sin razón y las chicas a las que él acosó sin éxito. Pero, ¿te imaginas una masacre en un salón de peluquería canina? Ya veo los titulares: Masacre en Happy Dogs: seis víctimas, entre ellas tres pequineses, dos daneses y un galgo afgano. Su dueña, de raza desconocida, está entre la vida y la muerte. No sería muy serio. Incluso el Estado Islámico se negaría a reivindicarlo. Sin embargo, la canción de Talking Heads resuena en mi cabeza: Psycho Killers... ¿Qué es eso? Debería salir corriendo.

Finalmente, el psicópata encuentra la llave correcta. La puerta se abre y todos los perros comienzan a ladrar en coro. Como yo era el primero, estoy a punto de entrar justo detrás del cancerbero, pero una mujer me adelanta, con la esperanza de ganarme la delantera. No la había visto venir. Ella tampoco tiene perro. Le bloqueo el paso. Lo siento, pero yo estaba antes que usted y tengo un poco de prisa... Ella se aparta con una sonrisa irónica. No debo parecer alguien que tiene cosas urgentes que hacer. Disculpe, no sabía que había un orden para entrar. Así que entro a la tienda delante de ella, seguido por una manada de perros furiosos. Siento que estoy participando en una cacería, en el papel del jabalí. Creo incluso que uno de esos chuchos me mordió en los tobillos. Prefiero ignorarlo.

Apenas entro, soy golpeado por el olor nauseabundo que impregna hasta el papel tapiz despegado de este triste salón de peluquería para perros. El olor a perro es peor que el olor a cigarrillo. No importa cuánto pases la aspiradora para quitar los pelos, laves con desinfectante y rocíes con ambientador, nunca se va del todo. ¿Alguna vez has subido al coche de un dueño de un pastor alemán? Incluso si el perro murió hace tres meses, sigue apestando. Quiero decir, incluso si el cadáver no se quedó en el maletero todo ese tiempo, sigue oliendo mal. Intento aguantar la respiración. Pero después de un rato, tienes que respirar. Y siento que mi estancia aquí excederá con creces mi escasa capacidad para contener la respiración. Solo quiero recoger mi paquete, salir de este canil y volver a mi madriguera. Pero el perverso que podría aliviar mi sufrimiento no tiene prisa por hacerlo. Ya ha desaparecido en la trastienda. Probablemente para desconectar la alarma y volver a conectar la máquina de café. Tengo tiempo para mirar alrededor. Para evitar la mirada de la mujer que acabo de empujar, observo el equipo en exhibición, como si estuviera interesado en la mercancía. Accesorios de cuero, collares con tachuelas, cadenas, correas... Si no supiera que estoy en Happy Dogs, pensaría que estoy en una tienda de artículos sadomasoquistas. Versión zoofilia, por el olor a zoológico.

El asesino en serie regresa con una sonrisa comercial. ¿Quién es el siguiente? Inmediatamente muestro el papel donde anoté el número de pedido que recibí por correo electrónico. Lo toma y le echa un vistazo distraído. Entonces, un paquete a nombre de... Levanta la cabeza. ¿Hay más entregas? Me ahorraría un viaje de ida y vuelta. Con aire triunfante, mi rival también levanta su tarjeta como si fuera el número ganador del último sorteo de Euromillones. Me sonrío con satisfacción. Al final, a pesar de mi grosería, ni siquiera tendré prioridad. ¿Podría ver sus documentos de identidad, por favor? Le entrego el mío con desconfianza, vacilando un poco antes de soltarlo. Él tira un poco más fuerte para arrancármelo, con una sonrisa sádica. Siempre lleva guantes. ¿Para no dejar sus huellas en alguna parte? De todos modos, si quiero mi paquete, no tengo opción. Toma nuestras dos tarjetas, las mete en su bolsillo y, antes de irse, se dirige a la multitud. La jefa llegará enseguida. Se ocupará de ustedes. Los perros ladran con más fuerza. Todavía no he entendido si es para expresar su impaciencia por ser esquilados, o con la vana esperanza de evitar esta prueba. No siempre es fácil entender a los perros.

El gordo vuelve con dos paquetes de tamaños más o menos equivalentes, apilados uno sobre otro. ¡Vaya, pesa bastante! ¿Qué hay dentro? ¿Crees que te lo voy a decir, idiota? No estamos en la aduana, y tú no eres policía. Mi competidora, más amable, o con ganas de tomar ventaja definitiva sobre mí, le informa que son libros. El tipo no parece interesado, obviamente. Ni siquiera estoy seguro de que sepa leer. Coloca los dos paquetes en la esquina del mostrador y saca su terminal electrónico para que firmemos el recibo. Mientras lucho por garabatear una firma más o menos legible en la pantalla minúscula, usando un stylus del tamaño de un cotonete unido al terminal con una goma elástica demasiado corta, miro con preocupación los dos paquetes en equilibrio inestable. Al volver mi atención a la pantalla, examino el resultado de mis esfuerzos. Personalmente, no reconocería mi propia firma allí. Podría haber hecho una cruz. Pero aparentemente, a nadie le importa. Esto es lo que llamamos progreso. Un ruido sordo me distrae de la pantalla. Los dos paquetes acaban de caer al suelo. El adolescente con acné recoge uno y me lo entrega. Le lanzo una mirada furiosa. Te recuerdo que esto es frágil. Espero que esté bien empaquetado, porque si no... Él responde con tono irónico: Lo importante es que nadie resultó herido. Es cierto que si uno de estos chuchos del tamaño de una rata grande hubiera recibido el paquete en la cabeza, probablemente sería su última visita a la peluquería.

Apurado por irme, ya estoy caminando hacia la salida. El tipo me llama con un aire burlón. ¡Su tarjeta! Es verdad, la había olvidado. ¿Por qué tuvo que llevarse mis documentos a la trastienda? ¿Para qué? ¿Para verificar mi identidad? ¿Por si acaso me hice enviar a mí mismo por correo express una bomba de tiempo configurada para explotar precisamente ahora? Tomo la tarjeta, la pongo en mi bolsillo y salgo sin mirar a nadie, con mi caja en los brazos. Ya estoy en la calle. A salvo. Tomo una gran bocanada de aire fresco. Prefiero las partículas finas a ese olor a perro...

Subo inmediatamente a mi apartamento. Quinto piso sin ascensor. Es cierto que está pesada esta maldita caja. La dejo en la entrada. Debería ponerme a trabajar, pero no tengo el ánimo para abrir mi paquete ahora mismo. Primero me daré un buen baño para entrar en calor. Y cambiaré de ropa. Sigo sintiendo el olor a perro. Me sumerjo en el agua hirviendo. Ahora huelo a perro mojado. Perro caliente. Debería haber

aprovechado para tomar un café mientras estaba abajo, me habría despertado un poco. Pero ya estoy lo suficientemente nervioso. Me quedo dormido en el agua tibia. Y tengo un sueño raro. Soy novelista. O lo seré cuando escriba mi primera novela. Para hacer pasteles o para destapar desagües, vas a la escuela y sales con un diploma de pastelero o de fontanero. Es simple. Para ser novelista, no hay diploma. Para ser autor, sólo tienes que escribir un libro. Convertirse en autor es pasar de las páginas en blanco a las páginas amarillas. De una existencia anónima a una profesión reconocida. Hasta que no hayas escrito nada, solo eres un mitómano ordinario, culpable de practicar verdades alternativas ilegalmente. Y hasta que no hayas vendido un libro, solo eres un prostituto trabajando gratis por falta de clientes dispuestos a pagar por tus encantos. Por ahora, solo soy un desconocido que necesita hacerse un nombre. Y no tengo ni la más mínima idea para mi primera novela...

Me despierto en el agua fría. ¿Cuánto tiempo dormí? Podría haberme ahogado. La policía probablemente habría concluido que fue un suicidio. Morir inadvertidamente después de quedarse dormido en la bañera no es muy glorioso. Murió como vivió: tontamente. ¿Es mejor que la gente piense que fue un accidente estúpido o un acto final de libertad? Pero, ¿por qué estoy hablando en presente? No estoy muerto, ¿verdad? No, pero me voy a morir si me quedo cinco minutos más en esta agua helada. Yo que quería entrar en calor... Salgo del agua, me seco y me visto. Tengo hambre. El frigorífico está tan vacío que me pregunto por qué todavía lo tengo enchufado. ¿Qué hora es? Mi reloj se detuvo. La pila está muerta. Es curioso, la vida de una pila. Se supone que puede durar hasta cinco años. Cinco años. Como las elecciones. Suficiente para olvidar las promesas no cumplidas. Pero no lo suficiente para que desaparezca la sensación de haber sido traicionado. Cuando la pila se detiene, siempre me pregunto: ¿Cuándo fue la última vez que la cambié? ¿Dónde fue? ¿Qué estaba haciendo? ¿Con quién estaba? ¿Era más vivo que ahora? ¿Más feliz? ¿Cuántas pilas de reloj o de marcapasos me quedan antes de que sea la última? No tengo la energía para bajar a la tienda de tabaco a comprar una pila nueva. Y sería mejor cambiar el reloj directamente. Cuando se cambia la pila, generalmente el reloj ya no es resistente al agua. No hago buceo, pero si tengo que quitarme el reloj cada vez que me doy un baño... Pido una pizza. Probablemente ya no es hora de desayuno, de todos modos. Debería ponerme a trabajar. No tengo ganas. Cuando termine de comer, lo pensaré.

Enciendo la tele mientras espero. Oh no... Las elecciones, justamente. Las primarias del centro. Siete enanitos que discuten para ver quién tendrá el derecho de besar a Blanca Nieve. Cuando su única oportunidad de estar a la altura sería apilándose unos sobre otros. Dan ganas de volver a la bañera después de tragarme un tubo de somníferos. Apago la tele. La caja sigue allí, en la entrada. Estoy a punto de abrirla, pero suena el timbre. Es la pizza. Bueno, no vino sola. En la puerta, hay un tipo con casco y una caja de pizza en las manos. No tengo efectivo. ¿Puedo hacerle un cheque? El tipo me pide una identificación. Necesita tomar el número. Definitivamente, no es mi día. Todos dudan de mi identidad, incluso los repartidores de pizza. Pronto, en el estanco de la esquina, el camarero me pedirá mis papeles antes de servirme un espresso.

El motociclista mira mi tarjeta con aire sospechoso. Luego me mira a mí. Luego a la foto nuevamente. ¿Hay algún problema? Me devuelve la tarjeta y se va, aparentemente con prisa. Qué impresión tan extraña, un desconocido con un casco integral pidiéndome que pruebe mi identidad, allí mismo, en mi puerta. Pensé que no me dejaría entrar a mi propia casa. Entiendo lo que debe sentir un mexicano detenido por un policía en moto con documentos falsos en la ruta 66. De acuerdo, la ruta 66 no es para los mexicanos, no es esa la dirección. Pero tampoco dije que tenía conocimientos especiales de geografía. La ruta 66 es la única que conozco en Estados Unidos. ¿Qué, qué tiene mi cara? Echo un vistazo distraído a la tarjeta que me acaba de devolver. Y me quedo paralizado. En lugar de mi foto, está la de una mujer de mediana edad...

Afortunadamente, el tipo al menos aceptó dejarme la pizza. Y devolverme la tarjeta. ¿Qué podría haber hecho con ella, de todos modos? Quiero decir, con la pizza. ¿Recalentársela a otro cliente? Ya es bastante mala cuando sale del horno por primera vez. Por el olor, parece un poco quemada. Recalentarla sería incinerarla. Probablemente pensó que yo era un loco. O un transgénero. Seguramente por eso me dejó la pizza. Para evitar ser demandado por discriminación por el movimiento LGBT. O simplemente quería salir rápido de esta casa de locos. Sí, es una historia de locos. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué hago con su tarjeta de identidad y dónde está la mía? Bueno, no es tan difícil de adivinar. Mi única salida del día fue a Happy Dogs. Ese idiota me debió de dar la tarjeta de otra persona. ¿Quién sabe si no lo hizo a propósito, el puto sádico? Y eso que tenía cuidado. Pero bueno... ¿Cómo podría haber sabido que iba a darme una tarjeta de identidad equivocada? Bueno, probablemente sea una tarjeta real, pero no es la mía. Entonces, ¿qué cambia eso? Tengo que volver allí antes de que cierren.

Bajo las escaleras de cuatro en cuatro, furioso. Finalmente, es una suerte que el repartidor de pizza me pidiera mis papeles, porque si no... Generalmente, uno no pasa el tiempo verificando si su foto ha cambiado en su tarjeta de identidad. Somos nosotros los que cambiamos, año tras año, no la foto. Si ya no te reconoces después de cierto tiempo, es porque te has vuelto canoso. No porque la foto se haya amarilleado. Pero ahora, he cambiado de género. Podría no haberme dado cuenta hasta meses después. Al momento de tomar un avión. No, es completamente irresponsable hacer cosas así.

Abro la puerta de Happy Dogs como si fuera un salón del Oeste. Listo para sacar las pistolas. ¿Dónde está ese imbécil? La señora detrás del mostrador parece no entender inmediatamente de qué hablo. Le explico. Finge empatía sin realmente disculparse. El loco no está. Está en formación. Solo trabaja por la mañana. Ella mira la tarjeta de identidad. No es una cliente del salón. Así que no la conoce. Solo alguien que vino a recoger un paquete, como yo, y que tal vez nunca vuelva. Una casual, por así decirlo. No una habitual, miembro del club canino y titular de una tarjeta de fidelidad. No. No tienen su contacto. Y no tienen manera de encontrarla. Pero tal vez regrese cuando se dé cuenta del error. Sí, claro... En seis meses o un año. Si no ha muerto en ese tiempo.

La comerciante me mira con una expresión falsamente arrepentida y vagamente sospechosa. ¿Está seguro de que es un error? Tengo ganas de estrangularla. Le muestro la tarjeta de identidad de una mujer, y ella me pregunta si estoy seguro de que es un error. Le arranco la tarjeta de las manos. No voy a dejarla con la esperanza de que esta mujer regrese para devolverme la mía. Al menos así tengo algo con qué negociar. Porque, obviamente, ella está en el mismo lío que yo. Ella tampoco tiene identidad. Quiero decir, tarjeta de identidad. Le dejo mi número a la peluquera de caniches por si acaso, y le sugiero que elija mejor a sus aprendices. Murmura algo que prefiero tomar como un compromiso en ese sentido. Salgo de allí, sin calmarme realmente. No me queda más remedio que investigar yo mismo...

Aprovecho para comprar una pila en el estanco. Sigue siendo más barato que cambiar el reloj. El segundero vuelve a moverse. Tomo un café en el bar. Una mujer de cierta edad está apoyada en el mostrador justo al lado de mí. Su perfil me resulta familiar, pero no puedo recordar su nombre. ¿Podría ser la mujer que se llevó mi identidad? ¿Cómo saberlo? Hago todo lo posible para evitar cruzar su mirada. No me siento cómodo abordándola para hacerle la pregunta. Podría ser ella. O cualquier mujer en esta ciudad. Echo un vistazo a la tarjeta. Un nombre. Una dirección. Afortunadamente, vive en el barrio. Al menos según la dirección en su documentación. Podría haberse mudado. La tarjeta ya es bastante antigua. Casi caducada. El café está tibio. Odio cuando me sirven café tibio. O tal vez fui yo quien tardó demasiado en beberlo. Tenía la cabeza en otro lado. Esta historia empieza a obsesionarme.

La mujer que estaba a mi lado ya se está alejando hacia la puerta. Demasiado tarde para preguntarle si no es mi tarjeta de identidad la que tiene en su bolso, en lugar de la suya. Se gira una última vez, como si estuviera despidiéndose del público antes de salir del escenario. Ya recuerdo su nombre. Es una actriz que ha estado en la televisión durante años. Aunque ahora cada vez menos. Las actrices, una vez pasan cierta edad, se reconocen mejor de lejos que de cerca. Especialmente sin maquillaje. La realidad no favorece los primeros planos. La verdad se percibe mejor a cierta distancia. ¿Quién es esta mujer? No, no esa estrella en declive. La mujer que me robó mi identidad. El barman me lanza una mirada irónica. ¿Y si él también está involucrado? Empiezo a alucinar. Me pregunto si tengo un poco de fiebre. Prefiero irme sin terminar ese horrible café aguado.

Lo primero que veo al llegar a casa es la caja de pizza. Mejor comer algo. Aunque ahora la pizza debe estar fría también. Y por lo tanto, aún más repugnante. El destino del universo, desde su nacimiento hasta su muerte, es una larga y lenta degradación de lo caliente a lo frío. Hasta ese frío absoluto y esa inmovilidad total que es la muerte de todas las cosas. Abro la caja. Pedí una pizza vegetariana. Es una pizza de atún. Y parece que con extra atún. Odio el atún. No lo soporto. Definitivamente, no es mi día. Hago todo lo posible para quitar la mayor parte del relleno y empiezo a comer. Mientras mastico esta pizza insípida, más dura que el cartón en la que venía, miro el dibujo en la caja. Un pizzero en verde y rojo, con un gorro de chef, colocando su pizza en un horno tradicional con una pala de madera larga. Cuando comes con el diablo, necesitas una cuchara larga. Probablemente la dejó demasiado tiempo en el horno. Siento que estoy comiendo carbón. Debajo del irónico "Buen apetito", está

escrito a mano el nombre del destinatario y su dirección. Me sobresalto de nuevo. Es mi dirección, pero no es mi nombre. Es el nombre de la mujer cuya tarjeta de identidad tengo. ¡Pero esto es intolerable! ¿Qué tipo de intromisión es esta en mi vida? Siento que el atún se me queda atascado en el estómago. Quitó la mayor parte, pero todavía quedaron algunas migas. Prefiero irme a la cama.

Me despierto sudando. Es de noche. ¿Qué hora es? Mi reloj se ha detenido de nuevo. Al final, no era la pila. Hubiera sido mejor comprar un reloj nuevo. Demasiado tarde. Si compro uno ahora, me venderán la pila también, y la vieja quedará en desuso. Solo se desgasta si se usa, como dicen en la publicidad. Claro. No, simplemente se desgastará al mismo tiempo que la otra, y al mismo ritmo, pero para nada. Como un corazón que late solo para una vida inútil. Porque un impostor se fue con el resto del cuerpo. Con otro corazón. Como un corazón solitario que ya se había resignado a una trasplante, pero al final le dicen que el receptor encontró algo mejor en otro lugar. Tengo que encontrar a esta mujer. Busco la dirección en un mapa. Está a unas pocas calles de aquí. Miro el nombre en las Páginas Blancas. No hay número de teléfono. Las Páginas Blancas... Hacen honor a su nombre. ¿Quién todavía deja su número en una guía telefónica hoy en día? Mañana iré a la dirección indicada. Ya veremos.

No es un apartamento ni una casa. Más bien es una especie de tienda donde no hay nada que vender. O un almacén con la vitrina del lado equivocado, dando a la trastienda. Dentro, veo dos escritorios, ordenadores y armarios. También algunos objetos decorativos, muebles pequeños de diseño original, lámparas con formas curiosas y otros adornos. No sé si estos objetos artesanales, a diferencia del mobiliario estilo Ikea, están realmente a la venta y a qué precio. Un negocio extraño. No veo a nadie adentro, pero las luces están encendidas. Así que está abierto. Espero un poco en la acera, con la esperanza de que alguien llegue. El dueño. O clientes. Pero, por lo visto, no hay mucha actividad. Menos que en Happy Dogs, en cualquier caso. No me siento muy cómodo, dado lo frío que fue mi primer encuentro con la gerente de esta extraña tienda. Por otro lado, no es como si viniera a pedirle un favor. Seguro que ella también querrá recuperar su tarjeta de identidad. Claro, si ya se dio cuenta de que la perdió.

Finalmente, una puerta se abre en la oficina y aparece una mujer. Al final, no está tan mal. De lejos. No sabría darle una edad. Qué bien. A mí me gustan las mujeres a las que no se les puede poner una edad. En la parte inferior de la escala, si puedes ponerle edad a las chicas, estás cerca del delito. En el extremo opuesto, si puedes empezar a adivinar su edad, estás cerca de convertirte en un gigoló. La mujer ideal, para mí, no tiene edad. Las jóvenes están bien cinco minutos. Pero no tienen conversación. Sobre todo, no tienen sentido del humor. Tampoco tienen paciencia. No saben apreciar un buen vino. Beben jugo de uva. O Coca-Cola con vodka, y terminan vomitando por todos lados. Las viejas, no sé. Prefiero no saberlo. Lo sabré bastante pronto. Por ahora, me gustan las mujeres de mediana edad, con las que ir a un restaurante no es solo una formalidad, sino parte de los preliminares. Porque, al final, hay que pensar en el día en que solo nos quedará el restaurante. Si nuestros estómagos aguantan. En el peor de los casos, nos quedará el placer de la conversación, acompañado de una buena tisana "Noche Tranquila".

Abro la puerta de la tienda y entro. Sentada frente a su ordenador, no levanta la vista de inmediato. Probablemente para mostrar que aquí no somos del tipo que salta sobre el cliente apenas llega. Estamos por encima de eso. No vendemos aspiradoras. De hecho, no vendemos nada. Me acerco con cautela, después de fingir echar un vistazo a la decoración, buscando desesperadamente un artículo que tenga una etiqueta con precio. Finalmente, me digna a mirar y parece un poco sorprendida. Se levanta. ¿Puedo hacer algo por usted? A diferencia de la actriz que vi en el café, se ve mejor de cerca que de lejos. Pero no la reconozco más. Me gustaría invitarla a mi lugar para una cena romántica. Pero la primera vez que la vi, en Happy Dogs, estaba de muy mal humor. Casi le ladré. No se preocupen, es solo una metáfora. No voy a contarles una historia en la que al final el narrador resulta ser un perro.

Honestamente, si no fuera por la dirección, no estaría seguro de que es ella, la mujer que vi en Happy Dogs. Tampoco se parece mucho a la foto en la tarjeta, pero bueno... Las mujeres cambian mucho de aspecto. Solo necesitan ir a la peluquería. Además, podría ser una foto antigua. O tal vez también le dieron la tarjeta de alguien más hace mucho tiempo sin que ella se diera cuenta. Y esa es la tarjeta que me dieron a mí por error. Es como si sacara un billete de diez euros de mi bolsillo y tratara de rastrear a su primer propietario confiando solo en el diseño impreso. Un billete es sucio. Pasa de mano en mano. Incluso cruza fronteras. Una tarjeta de identidad, se supone que es personal. Solo se muestra ante profesionales autorizados. Un policía, un aduanero, un médico... Nunca debes desprenderte de ella. Mucho menos cambiarla por la de otra persona. Especialmente si esa persona no es del mismo sexo que tú. Todo esto es cada vez más confuso en mi cabeza. Por un momento, ya no estoy seguro de por qué vine aquí. De acuerdo, ella está bien, pero no para perturbarme tanto. O tal vez estoy más necesitado de lo que pensaba.

Empiezo a balbucear una explicación. ¿Suele ir a Happy Dogs? ¿Ha ido recientemente? Parece cada vez más perpleja. Si cree que esto es solo una excusa para acercarme a ella, debe pensar que es la línea de entrada más extraña que ha escuchado jamás. No estoy seguro de que esa originalidad juegue a mi favor. Pero parezco tan patético que le doy lástima. Debe pensar que soy un sintecho. O un sin papeles. O un lunático fugado de un hospital psiquiátrico, buscando un poco de consuelo y calor humano en su tienda. ¿Quiere un café? Toma mi silencio por un sí y me sirve una taza. Gracias. ¿Azúcar? No, gracias. Dije eso para no molestar. Pero odio el café sin azúcar. Aun así, me lo tomo intentando no hacer muecas. Al menos, este está caliente. Le explico que he perdido mi tarjeta de identidad. Ya no estoy seguro de si debo decirle que tengo la suya. ¿Por casualidad no la habrá encontrado? ¿Encontrado? ¿Dónde? No sé... En su bolso, por ejemplo. Con la cara que pone, parece que no me queda más remedio que explicar un poco más.

Pero la puerta por la que entró se abre de nuevo y aparece otra mujer. Claramente, esta trastienda tiene aún otra trastienda. Y así sucesivamente, quizás. Como muñecas rusas. La tienda, quiero decir. Bueno, como muñecas, ellas tampoco están mal. Una rubia y una morena. No sé si ellas también encajan una dentro de la otra. La primera, la rubia, expone mi caso con cierta compasión: "El señor ha perdido sus papeles." "Vaya, qué curioso", dice la morena. Ah, ¿sí? Explica que es artista plástica. Toma fotos de gente anónima y luego inventa sus historias. Miro las fotos. Uno de esos

desaparecidos se parece un poco a mí. Y todas esas fotos tienen un aire extrañamente familiar.

La morena me mira con cierta insistencia. Entonces, le interesa el rastro fotográfico de gente que no conoce. Fotos recuperadas de basureros. O de mercados de pulgas. Odio los mercados de pulgas. Hay uno cada año en el barrio, en otoño. No hay nada que se parezca más a un vertedero que un mercado de pulgas. Excepto por el precio. La gente de todas las ciudades cercanas alquila un puesto por una fortuna y trae sus desechos para venderlos. Sus viejos platos astillados, la ropa interior del pequeño que creció, su antigua computadora. Lo peor es que se vende. A veces al precio de algo nuevo. Es muy pintoresco. Y muy deprimente. También hay una feria. Las ferias son muy extrañas. Totalmente fuera de lugar. Incluso cuando era niño, ya eran anticuadas. Y no ha cambiado desde entonces. Siempre las mismas atracciones. El mismo algodón de azúcar. Las mismas canciones horribles. El clasicismo es lo que no pasa de moda. Las ferias son lo contrario: algo que nunca ha estado de moda y que seguirá siendo eternamente anticuado. Y, sin embargo, la gente sigue llevando a sus hijos, como si fuera un rito de iniciación. Así es la vida, un vertedero al aire libre donde incluso la basura está a la venta. Y lo único que te ofrecen para distraerte es una vuelta en una atracción una vez al año.

No presté mucha atención al principio de lo que me estaba contando. Estaba pensando en esto del vertedero. Está explicando su enfoque artístico. Ella recupera de los basureros de nuestra sociedad las huellas de individuos que esa sociedad ha desechado. Luego trata de devolver la vida a esos fantasmas. Uso eso para mostrar que estoy siguiendo, antes de que me haga una pregunta a la que no pueda responder. Yo soy lo contrario, estoy aquí, pero ya no tengo huellas. Al menos, no tengo una tarjeta de identidad con mi foto para demostrar que realmente existo. Empiezo a entender el sentimiento de todos esos refugiados que llegan a Europa y, para evitar ser deportados, se deshacen de sus documentos de identidad. Yo, en cambio, quisiera encontrar mi tarjeta de identidad y volver a casa. Ellas sonríen. No sé por qué estas dos mujeres me reciben con tanta amabilidad y me cuentan sus vidas con tanta espontaneidad. Aquí se está bien. Me siento como en el paraíso. Me siento culpable por haber sido tan grosero con una de ellas, por un simple asunto de quién estaba primero en la fila. Por lo tanto, me da un poco de vergüenza volver al motivo de mi visita.

Por cortesía, le pregunto a la rubia a qué se dedica. Después de todo, ella es a quien vine a ver. Creo. Ella me cuenta que es vidente. Primero pienso que es una broma. Tiene suficiente sentido del humor como para no ofenderse. Les digo, las mujeres de mediana edad tienen mucho humor. Bueno, la declaración de su profesión me enfría un poco. Una aventura con una vidente puede volverse bastante predecible. Vivir con una mujer a la que no se le puede ocultar nada y que incluso conoce tu futuro. Bueno, ni siquiera se dio cuenta de que salió con mi tarjeta de identidad. Eso me tranquiliza un poco. Pero una vidente, aún así. Es un poco como una bruja, ¿no? Aunque esta es bastante encantadora. Tendría demasiado miedo de que durante la noche me clavara agujas en una muñeca vudú para castigarme por mis fechorías del día, e incluso por las del día siguiente, que no podría ocultarle. Me pregunta a qué me dedico. Para desafiarla, y porque no sé qué responder, le sugiero que lo adivine.

Ella amablemente propone leerme las líneas de la mano. Gratis, supongo. No estoy muy entusiasmado. Si algo terrible va a sucederme, prefiero que sea una sorpresa. Pero la dejo hacerlo. Toma mi mano. ¿Fue solo un pretexto? Su palma es cálida y suave. No dice nada. Estoy un poco incómodo. Ella también, pero aparentemente no por la misma razón. ¿Malas noticias? No, pero no veo ninguna línea en tu mano. ¿Y eso es mala señal? Intenta desdramatizar. Bueno, si eres novelista, no te auguro ningún futuro... ¿Ah sí, por qué? Te lo dije, no veo ninguna línea en tu mano. Al final, su sentido del humor es un tanto cuestionable. Excepto que no parece estar bromeando. A falta de líneas en la palma de la mano, espero que todavía tenga algunas huellas dactilares...

Suelta mi mano, como a regañadientes. Silencio incómodo. Ambas me miran con un aire indulgente. Si es mejor dar envidia que pena, creo que estoy en un mal camino. Por otro lado, a las mujeres les gustan los perros callejeros. Si tuviera que elegir una compañera, no sabría a cuál tomar. O quizá a ambas. De acuerdo, es un poco cliché, pero bueno. ¿Para qué ser el narrador de una novela si no se puede fantasear un poco? ¿Nunca te ha pasado, en un sueño, darte cuenta de que estás soñando? Y pensar: "Vaya, entonces puedo hacer lo que quiera". Sin consecuencias. Lo peor que podría pasar es que me despierte. Maldita sea. ¿Y si estuvieran juntas? Quiero decir, como pareja. No sé si eso debería emocionarme aún más o desanimarme por completo. Probablemente ambos. Creo que es momento de cerrar el trato, si no quiero que esto se descontrole por completo. Rápidamente explico la posibilidad de este intercambio de tarjetas. Probablemente para deshacerse de mí, la rubia accede a comprobarlo.

Mientras Mary Poppins explora las profundidades de su bolso, algunos carteles contra la pared llaman mi atención. Hablan de un movimiento vegano bastante radical. Del reconocimiento de los animales como personas. De la lucha contra la explotación animal. De las torturas infligidas a estos pobres animales indefensos que se supone que son nuestros amigos. Y de acciones más o menos legales llevadas a cabo en todo el mundo para hacer respetar sus derechos. Deduzco que esta oficina también es la sede de una asociación activista. Su escaparate legal. La morena nota mi asombro. ¿Te interesa la causa animal? No especialmente. Bueno... Sí, pero... Les confieso que nunca lo había pensado mucho hasta ahora. Bueno, es verdad que a mis amigos, generalmente, no me los como. De hecho, no tengo ninguno. Así que la rubia y la morena al menos comparten las mismas convicciones, si no la misma cama. Si quieres unirte a nosotras, eres bienvenido. Me toma un momento darme cuenta de que solo me propone unirme a su movimiento vegano radical. Entonces, estoy un poco menos motivado. Digo que lo pensaré... Ahora estoy ansioso por irme.

La rubia tiene su tarjeta de identidad. Por lo tanto, no es la suya la que tengo en las manos. Hay que reconocer que la foto no se parecía mucho a ella. Pero bueno, las fotos. En mi tarjeta de identidad, parecía un terrorista en un cartel de búsqueda. ¿Una señal premonitrice? Así que la vidente no estaba equivocada. Ella no ha perdido sus papeles. Espero que no tenga razón sobre su predicción de mi total falta de futuro... Pero entonces, ¿por qué coincide la dirección? Hay un edificio arriba. Es la misma dirección. La puerta está justo al lado en la calle. Ocho pisos. Tres apartamentos por rellano. Eso hace veinticuatro posibilidades. Gracias, sé contar. De todas formas, les agradezco y me voy después de vagamente prometer que volveré para comprar algo.

Pero, ¿qué?

Inspecciono los buzones. No veo el nombre que busco. Pero puede que se haya mudado desde que obtuvo su tarjeta, que ya tiene unos años. Empiezo a preguntarme si soy yo quien está un poco desorientado. Difícil confundirme con el inspector Colombo, no puedo ni encontrar mi propia tarjeta de identidad... O tal vez el intercambio ocurrió con alguien más. En otro lugar. Antes. Pero ¿con quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Y quizás, incluso, ¿por qué? Sin mencionar la pregunta que comienza a acosarme. ¿Y si la dueña de Happy Dogs tenía razón? ¿Y si no fue un error?

Regreso a casa con las orejas gachas y la cola entre las piernas. Ya no sé muy bien en qué situación estoy. Peor aún, no estoy seguro de saber quién soy. Vamos, es mejor ponerme a trabajar. O al menos intentarlo. Tomo con desgana el paquete que había dejado en la entrada. Y ese idiota que lo dejó caer al suelo. Espero que nada dentro esté roto. Pero supongo que para algo tan frágil, y a ese precio, debe estar bien protegido. Aun así, me sorprende que el paquete sea tan pesado. Debería estar lleno de poliestireno. Y después de abrir la caja, solo encuentro plástico de burbujas envuelto en cinta adhesiva. Tengo un mal presentimiento. No será droga, ¿verdad? Corto el plástico con un cuchillo para ver qué hay adentro. Hablaba de un paquete regalo, pero esto es más bien una bolsa sorpresa... ¡No es para nada lo que había pedido! Ni resina de cannabis, por cierto. Son libros... No solo ese tonto no me dio la tarjeta de identidad correcta, sino que me entregó el paquete equivocado.

Regreso a Happy Dogs, aún más furioso. Esta vez, creo que voy a matar a alguien. Hay de nuevo una multitud en la acera, pero mucho más grande que la simple cola frente a una tienda a la hora de abrir. Una sirena. Luces parpadeantes. La tienda está rodeada por la policía. Los bomberos también están aquí. Fragmentos de conversaciones. Hablan de un paquete sospechoso. Que nadie vino a reclamar. Los artificieros acaban de llegar para hacerlo explotar. Esto empieza a oler a problemas serios. Escucho el sonido sordo de una detonación. ¿Es realmente la computadora que había pedido para escribir mi primera novela la que los artificieros acaban de destruir heroicamente arriesgando sus vidas? Como el otro día, el joven psicópata llega con su manojito de llaves. Ni siquiera parece sorprendido. La actriz que vi en el café también observa la escena, entre otros curiosos. Podría identificarme ante las fuerzas del orden, por supuesto. Pero ya es un poco tarde para recuperar mi paquete. Y me pregunto si es el momento adecuado. Prefiero salir antes de que me pidan mis papeles. Especialmente porque no los tengo...

Antes de irme, recojo un folleto del suelo. Se trata de un movimiento llamado Frente de Liberación de Animales Domésticos. ¿Una reivindicación? ¿Pero por qué Happy Dogs? Es un lugar donde se cuida a los animales, ¿no? Estamos lejos de los laboratorios de experimentación animal. Sería como si, para protestar contra la explotación de las masas, pusieran una bomba en un centro de vacaciones de un sindicato obrero. O si, para defender las pensiones de los jubilados, atacaran un centro de talasoterapia.

Por otro lado, poner abrigos a los perros, llevarlos al peluquero, a veces incluso al psicólogo... ¿No es una ofensa a su dignidad canina? No sé, intento entender. La hipocresía humana hacia el mundo animal es increíble. Por un lado, tenemos a las mascotas que tratamos como a nuestros propios hijos. A menudo mejor. O al menos igual de mal. Por otro, están los que consideramos solo como carne. ¿Cómo justificar este doble estándar, cuando se trata de seres vivos y sensibles igual de evolucionados? Se dice que un pulpo es más inteligente que un niño de tres años. Y seguimos comiendo calamares a la romana. ¿Por qué esta diferencia de trato entre el cerdo, del que dicen que es el animal más cercano al hombre, y el perro, que una vez fue un lobo para el hombre? Es una forma de racismo animal totalmente injustificada, si lo piensas. Los Europeos están escandalizados de que los chinos asen perros. Los Ingleses están horrorizados de que los franceses o los Españoles coman conejo, carne de caballo o ancas de rana. Los indios no comen vacas porque las consideran sagradas. Los musulmanes y judíos no comen cerdos porque los consideran impuros. Todo esto no tiene sentido.

Y luego es cierto que una bomba, aquí, en el centro de la ciudad, a la vista de todos, tiene más impacto que en un matadero, en lo más profundo de una triste campiña donde nadie va nunca. ¿Por qué creen que los campos de concentración estaban más bien en lo profundo de los bosques? Para que luego se pudiera decir que no se sabía. Los mataderos son un poco lo mismo. Todo el mundo está al tanto, pero cuando llega el momento de comerse un steak tartare, nadie quiere saber. Vuelvo a pensar en las dos mujeres de la tienda donde no se vende nada. Me cuesta imaginarlas con sangre en las manos, pero bueno... A menudo, la mujer cambia. ¿Tendrán algo que ver con este atentado?

Vuelvo a casa. Había pedido material para escribir el manuscrito de mi primera novela: un ordenador portátil, algunas resmas de papel y cartuchos de tinta. Por lo tanto, no tengo nada para escribir. Una buena excusa para seguir holgazaneando... Examinó más de cerca el contenido del paquete. Me inclino y tomo un libro al azar. "Las Páginas Blancas". Ese es el título. Sin embargo, es mucho menos grueso que el directorio. ¡Es una broma! Miro los otros libros. Todos son iguales. El nombre del autor: ¡es el mío! O sea, quiero decir, es el mismo nombre que está también en la tarjeta de identidad. La que me dieron por error. O no... Estoy cada vez más perplejo. ¿Y si esta tarjeta de identidad fuera realmente la mía? Pero no soy una mujer. O al menos, no lo creo. Hay límites, después de todo. Parece que estoy perdiendo la cabeza. Ya no tengo noción del tiempo. Vuelvo a mirar los libros en la caja. En ese caso, ¿serían ejemplares de mi primera novela? Aquella que pensé que aún no había escrito... No estoy seguro de si debo tomar eso como una buena noticia. Es una historia increíble. Y luego, ¿qué voy a hacer con todos estos libros? Hay al menos... Los cuento. Cien libros por paquete. ¡Cincuenta paquetes! ¡Son cinco mil libros! ¿Qué diablos voy a hacer con todo esto? Nunca he pensado realmente en escribir un bestseller. Hubiera impreso quinientos como máximo. Ya temo el momento en que el impresor me envíe su factura...

Voy corriendo a la librería de la esquina con un ejemplar de la novela, para que lo valoren. Como un ateo que encuentra una hostia y la lleva a un laboratorio de análisis para saber si realmente contiene el cuerpo de Cristo. O al menos rastros de carne humana. En la era de Internet, entrar en una librería es como entrar en una iglesia. Es un acto de fe. Sabemos que Dios ha muerto, pero aún nos gustaría creer. Le muestro a la dependienta la contraportada con la biografía del autor: la mujer de la tarjeta de identidad. Me explica que la conoce. Es una cliente. Una actriz que vive en el barrio. ¡Claro que sí! ¡La mujer que vi en el café! Probablemente acababa de salir de Happy Dogs. Es ella a quien empujé en la tienda, no la otra. Definitivamente no soy muy bueno reconociendo rostros. O tal vez muy miope. O muy amnésico. O todo eso a la vez. ¿Y este libro, cree que podría venderse? La chica responde con un tono condescendiente. Ya sabe, la autoedición... Se acerca la dueña. Me mira con una extraña expresión. Agradezco y empiezo a irme. En cuanto me voy, la librera aparta a la dependienta para decirle algo en voz baja mirando en mi dirección. Salgo sin pedir más.

Una vez afuera, me vuelvo una última vez hacia la tienda. En la puerta de vidrio de la librería hay un cartel. Un aviso de búsqueda. Con mi foto. Así que no seré el único buscándome a mí mismo. ¿Alguien que haya encontrado mi tarjeta de identidad y que quiera devolvérmela? Se hace eso con los gatos o los perros. Me acerco y leo. Es un retrato hablado. El del presunto autor del atentado en Happy Dogs. Un peligroso terrorista, miembro del Frente de Liberación de los Animales Domésticos. Detrás del escaparate, las dos librerías aún me miran. Una de ellas ha cogido un teléfono. Me alejo corriendo.

Llego a casa sin aliento y cierro la puerta detrás de mí, pensando por un momento que estoy a salvo. Pero apenas dentro, algo me intriga. Siento como una presencia. ¿La policía, ya? Con perros policía, además. Porque me parece oler algo a pastor alemán. Una rápida mirada me permite comprobar que nada falta. Es que, con lo poco que hay aquí, para un ladrón llevarse algo sería todo un logro. De hecho, este apartamento no es exactamente mío. Es un subarriendo. O mejor dicho, un apartamento que me han prestado. Nunca he visto al propietario. Fue el inquilino anterior quien me dejó las llaves debajo del felpudo al irse. Pero creo que ya no pagaba el alquiler desde hacía mucho tiempo. Así es como estoy. Ni siquiera estoy realmente en mi casa, me busca la policía y no tengo papeles. O sí, tengo una tarjeta de identidad, pero no es mía. Llevo mi inspección hasta la habitación vacía que me sirve de despacho. Tampoco falta nada ahí. Al contrario... Mi viejo ordenador, que se estropeó después de contraer un virus, se ha vuelto milagrosamente a encender. Está ahí, sobre la tabla sostenida por dos caballetes que me sirve de mesa de trabajo. La pantalla está encendida. Hay una carpeta abierta. Leo. Solo hay un título: "Las Páginas Blancas". Tengo un mal presentimiento...

Vuelvo al recibidor y cojo un libro al azar. "Las Páginas Blancas", ese es el título de la novela. Abro el libro. Todas las páginas están en blanco... Como si de repente todos los nombres de una guía telefónica hubieran desaparecido. O un libro que aún queda por escribir. Pero, ¿quién lo hará? Los libros ya son difíciles de vender cuando hay algo escrito en las páginas. Regreso al ordenador y salgo del archivo que está abierto para verificar si existe algún otro en la pantalla de inicio del ordenador, con el

texto completo de la novela. Sin olvidar guardar esta, nunca se sabe. Pero, ¿guardar qué? Aparte del título, está vacío. Vaya título más inútil. No va a ayudarme mucho.

Es en este momento cuando entra en escena la actriz. No en persona, no. Pero ahí, en la imagen de fondo de mi viejo ordenador resucitado de entre los muertos. Su rostro se muestra en la pantalla justo frente a mí, como en un espejo, ligeramente en relieve. Parece que va a hablar conmigo. Es una imagen en blanco y negro. Un poco borrosa. Una foto sobrenatural y fantástica, del tipo que he visto en ese estudio de fotografía ultraterrenal y su súcubo contador de malas aventuras. Quizás además de colocar bombas durante el día, por la noche, en su trastienda trasera, estas muñecas rusas hacen que los ordenadores funcionen. Y son ellas las que, a distancia, han hecho aparecer en mi hogar el holograma del autor desaparecido de este libro que aún queda por escribir... ¿Quién es esta mujer que me enfrenta? ¿Es su fantasma el que vi en el café? ¿Entonces ella vive conmigo? ¿O vivió aquí antes? A menos que sea yo quien viva con ella... No me atrevo a decir quién vive en ella... ¿Es posible que esta mujer sea la verdadera autora de esta novela de la cual yo mismo solo soy el narrador? Yo que quería evitar caer en la "nueva novela", lo logré. Al menos no soy un perro. Aunque...

Mi reloj ha vuelto a funcionar. Los perros no llevan reloj. Eso me reconforta un poco. Aunque algunos se pongan abrigos para ir al peluquero. En cinco años, tal vez, habré logrado llenar todas estas páginas en blanco, hacerme un nombre y vender estos cinco mil libros. Escribir mi vida, o la de alguien más. Como un sueño despierto. Porque hasta ahora, mi vida... Por eso este idiota quiso cambiar las cartas. Las cartas de identidad. Es mi primera novela. Primera historia. No estoy seguro de que haya una segunda. Uno no se convierte en autor llenando páginas en blanco con ideas oscuras. Abro de par en par la ventana para dejar entrar la luz, y contemplo los edificios de enfrente. Detrás de cada una de esas ventanas, hay un nombre en la guía telefónica. Una identidad falsa. Cierro los ojos. La impresión de esas ventanas se queda impresa en mi retina. Me inclino un poco más. Una sensación fugaz, la sensación de caer hacia dentro. Antes de que la memoria, definitivamente, se desvanezca, y que toque fondo, intento entrar por una de esas ventanas, en una vida posible... Esperando que no sea una vida de perro. Abro los ojos de nuevo. Sigo vivo. Bueno, al menos tanto como puedo juzgar.

Tengo que salir. Por lo menos para ir de compras y llenar la nevera. De lo contrario, moriré de hambre, y todos mis problemas estarán resueltos. Solo hay un problema. Cuando la policía te busca y no tienes papeles en regla, salir de casa es arriesgado. Solo veo una solución si quiero seguir vivo. Y libre. Convertirme en esta mujer. Ya que esta tarjeta no corresponde a mi identidad, adaptaré mi identidad para que coincida con esta tarjeta. Eso resolverá dos problemas al mismo tiempo. Tendré papeles y un historial limpio. A riesgo de crear algunas complicaciones inesperadas, pero a estas alturas... Ya veremos. Hasta ahora, he sido un viajero intentando cruzar América con un mapa de España. Por supuesto, no encontraba la Ruta 66. ¿Qué riesgo corro al intentar tomar otra carretera?

Voy hasta la puerta del vestidor y la abro. Como la mujer de Barba Azul, no se suponía que abriera ciertas puertas. Especialmente la del vestidor. No es precisamente la habitación que me hacía falta, dada la extensión de mi guardarropa. ¿Encontraré cadáveres de mujeres en este armario? Las esposas anteriores del dueño... Ahí sí que estaría jodido. El vestidor está lleno de ropa femenina. No sabía que el dueño era una mujer. Dejó algunas de sus cosas aquí, bien ordenadas en estantes o colgadas en el armario. Daré forma a esta existencia posible. La suya. Sería casi emocionante. ¿Quién no ha soñado, alguna vez, con cambiar de piel?

Así que hoy comienzo una nueva vida. Una vida de mujer. La vida de esta mujer que tendré que reinventar, ya que no sé nada de ella. Siempre es mejor que una vida de perro. Bueno, eso está por verse. ¿Qué me pondré para salir a la calle? Empezaré por ir a la peluquería, a cambiar de look. Luego, tal vez, cuando sea un poco más mayor, tendré un caniche y le compraré un abrigo. Y como una verdadera cliente, con la cabeza en alto, volveré a Happy Dogs. Pero por ahora, tengo un libro que escribir...

Todavía no he comenzado a escribir la novela de mi nueva vida. Y en cuanto a pedir cita en la peluquería, por ahora prefiero optar por una peluca. Mientras tanto, hasta que mi pelo real crezca un poco. No será fácil, porque me quedan pocos cabellos. Y tengo la sensación de que después de la experiencia que acabo de pasar, me quedan aún menos. Afortunadamente, también había dos pelucas en el vestidor de Barba Azul. Una rubia y una morena. Parecen pelo de verdad. Quizá sean los cabellos arrancados de sus últimas esposas demasiado curiosas. He optado por la rubia. Pero no descarto cambiar de color algún día.

He decidido jugármela. O todo o nada. Voy a volver a Happy Dogs. No tengo perro, pero diré que busco un regalo para el mío. Por su cumpleaños, por ejemplo. Si no me reconocen allí, habré ganado. Podré vivir mi vida como falsa rubia con documentos auténticos sin ser molestado. Me maquillo un poco antes de salir. Un toque de maquillaje. Sin vulgaridad. Con los tacones es con lo que más lucho. Especialmente en las escaleras.

Por ahora, todo va bien. En la calle, nadie me mira raro. Me animo y me dirijo al café. El barman me recibe con un "Buenos días, guapa, ¿qué te sirvo?". Casi suena grosero. Es una buena señal. Bebo mi café tibio y salgo, satisfecha. Me siento como un agente doble. En misión bajo una identidad falsa. Sin embargo, considero prudente no arriesgarme más por esta vez.

Para ser aún más creíble, he decidido "tomar prestado" un perro. De acuerdo, el término "prestado" merece una pequeña explicación. Es un caniche, completamente negro. Será menos sucio. Mientras paseaba por el parque, vestida como mujer, el perro se acercó a mí, con el hocico húmedo y la cola moviéndose. Parecía no tener dueño. No estaba atado a nadie con una correa y no llevaba collar. Con la intención loable de evitar que lo llevaran a la perrera, quizás concluí un poco apresuradamente que era un perro perdido. Aunque cuando me fui con él en brazos, creo haber escuchado a una señora gorda gritar detrás de mí. Preferí no responder y apresurar el paso. El daño ya estaba hecho, de todos modos. No podía dar marcha atrás. Otros podrían llamarlo secuestro. Pero no tengo intención de pedir rescate. Solo necesito a este caniche por unas horas. Para dar buena impresión en Happy Dogs. Es

increíblemente fácil secuestrar un caniche. Más que un niño, en todo caso. Y mucho menos riesgoso, probablemente. Y, además, ¿qué iba a hacer yo con un niño? Pasado el primer momento de sorpresa, este perro parece bastante dócil. Lo guardaré unos días en casa antes de sacarlo a la calle. Que se acostumbre un poco. Y yo también.

Empiezo a encariñarme con este perro. Apenas come. Duerme todo el día. No sé su nombre. Entre siestas, antes de volver a dormir, me lanza una mirada triste en la que creo ver cierta complicidad. Al menos espero que tenga buenos sueños. Es un poco como yo, al fin y al cabo. Ha perdido su identidad. Desvinculado a la fuerza de la única persona que podía llamarlo por su nombre: su dueña. Un nuevo nacimiento, de alguna manera. Hay que romper el cordón umbilical, tarde o temprano. Y esa cordón tenía la forma de una correa. ¿Debería darle un nuevo nombre? Podría darle el mío. No lo estoy usando por ahora. Lo llamo por mi nombre. Responde. Aparentemente, podría llamarlo como sea, no le importa. Mientras después le dé sus croquetas.

Es nuestra primera salida juntos. Como no pude robar la correa, mantengo al caniche con un trozo de cuerda. Espero no haber apretado demasiado el nudo corredizo de su nuevo cordón umbilical. En todo caso, parece entender que no debe tirar demasiado de la cuerda. Esta vez, voy directamente a Happy Dogs. Al entrar, el olor me parece un poco menos fuerte y menos desagradable que la primera vez. Casi familiar. Quizá porque llevo un tiempo viviendo en pareja con un caniche. Me siento como en casa aquí. Como si estuviera volviendo al hogar. O mejor dicho, a la perrera. Debí ser un perro en otra vida. Al menos ahora, sé cómo podría ser una vida de perro.

El aprendiz está aquí. La jefa también. Así que no ha considerado necesario despedir a ese hijo de puta. O tal vez sea su madre. O su amante. Algunas señoras esperan su turno para el aseo. Bueno, el de sus perros. No hay reacciones particulares cuando entro en la tienda, aparte de un vago "Buenos días, señora". Nadie parece conocerme. Ni reconocerme. A los ojos de esta respetable comerciante, soy una cliente ordinaria. Además, con la promesa de convertirme en una cliente habitual. Miro correas y collares, para mi caniche. El joven gigoló pasa por detrás de mí, rozándome casi. Me susurra algo al oído con una mirada lasciva. ¿Busca algo en particular? Gracias, estoy mirando. Un depravado, os digo. La jefa sigue haciendo como si nada. Seguramente espera que pique el anzuelo antes de atraparme. Rebusca entre sus papeles. Coge el teléfono y marca un número. Extrañamente, mi móvil empieza a vibrar de inmediato. Debo haber ido demasiado lejos. Una llamada y ya está, he caído en la trampa. Buenos días, señor, tengo una buena noticia para usted. Sí, respondo. Hemos encontrado su carnet de identidad. La señora nos lo ha traído. Debería pasar por la tienda para recogerlo. Balbuceo una respuesta lo más breve posible, poniendo una mano delante de mi boca. Y guardo mi teléfono.

He sudado. Un sudor frío. Me siento como un pez sacado bruscamente del agua con la mitad de la boca arrancada. Antes de que lo devuelvan al agua en un acto de generosidad hacia el reino animal. Por lo tanto, aún me cuesta evaluar las consecuencias de esta resurrección, tan repentina como inesperada, de mi identidad original. Todavía en un estado de shock, escucho las conversaciones. El atentado con paquete bomba ha sido reivindicado por el Frente de Liberación de los Animales Domésticos. Y dos mujeres han sido arrestadas. Al menos, estoy fuera de sospecha en este asunto. Por cierto, he notado que mi retrato robot ya no está pegado por la

ciudad. En cambio, veo de repente, pegado contra la pared, detrás de la jefa, otro cartel de búsqueda. Por un caniche negro que se parece extrañamente al que tengo conmigo. Hay una foto, pero bueno. Nada se parece más a un caniche negro que otro caniche negro. Siempre puedo teñir el mío de blanco. En cualquier caso, nadie ha reconocido aún a mi perro como la estrella principal de esta alerta de secuestro. Más bien es la cuerda lo que, extrañamente, parece molestar a las otras clientas. Hay que decir que el pobre animal está al borde de la asfixia. Aflojo un poco el nudo alrededor de su cuello. Elijo una correa de cuero y un collar a juego. Pago y me dispongo a salir.

Es entonces cuando una mujer irrumpe en la tienda como una furia. Debo decir que esta es realmente obesa. Me pregunto cómo ha podido entrar tan rápido por la puerta. Apunta un dedo acusador en mi dirección y me interpela en tono asesino: ¡Pero si es mi perro! ¡Youki! El caniche sale de su letargo y levanta la oreja. Parece que ese nombre le suena vagamente. Comienza a ladrar, primero suavemente, luego un poco más fuerte. ¡Youki! ¡Soy mamá! Todos los demás perros comienzan a ladrar también. Y las señoras mayores a gritarme con un aire amenazante. Si me quedo aquí, me lincharán. La mujer sigue gritando. ¡Youki! ¡Youki! ¡Ven, mi Youki! Olvidando el nudo corredizo que tiene alrededor del cuello, el caniche salta hacia su antigua dueña. Mientras la cuerda se estira bruscamente como la cuerda de un arco, y el nudo se aprieta de repente alrededor de su carótida como un lazo, el caniche se queda inmóvil en pleno vuelo, antes de caer pesadamente al suelo. Empieza a gemir y a convulsionar. La mujer está a punto de desmayarse. ¡Oh, Dios mío, Youki! La jefa se apresura a sostenerla en su caída hacia atrás, mientras el gigoló corta la cuerda del ahorcado de un rápido golpe de cutter, arriesgándose también a cortarle las cuerdas vocales. Aprovecho la confusión general para coger mi carnet de identidad, que veo en el mostrador junto con mi cambio. Y salgo corriendo, a pesar de mis tacones altos.

Termino mi carrera loca cojeando. He roto un tacón. Al doblar la esquina, me quito la peluca y respiro un poco. Esta pesadilla ha terminado. Vuelvo en mí. He recuperado mis papeles. Entonces siento una presencia detrás de mí. ¿Un perro policía que me siguió para ponerme la correa y llevarme a la perrera? Ya no quiero huir. Nunca me había sentido tan solo. Me doy la vuelta. Es el supuesto Youki. Pero, ¿es realmente su nombre? ¿Y si esta mujer que dice ser su dueña no es más que una mentirosa, como yo? De todas formas, el caniche está muy contento de verme. Ladra alegremente y mueve la cola. Como si no nos hubiéramos visto en meses, cuando acabamos de despedirnos. Incluso me ha orinado encima. Parece que él también ya se encariñó conmigo. Finalmente, no voy a necesitar la correa.

Parto de nuevo con este perro poco rencoroso. Aunque tendré que teñirlo de blanco. Todavía no he escrito esa primera novela que me hará escritor, pero al menos he ganado un compañero de viaje. Queda por encontrar el camino. De hecho, ni siquiera sé si es un perro macho o hembra. El tiempo está gris y húmedo. Todo a mi alrededor es feo. Nada es seguro, pero todo es posible. Incluso lo peor. El sol hace mucho tiempo que no se ve por aquí. En menos de cinco mil millones de años, estará muerto. Y la Tierra con él. Pero los perros no lo saben. Felices perros...

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
El Rey de los Idiotas
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Avignon – Abril de 2024

ISBN 978-2-38602-191-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.